



Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

En medio del desconcierto general frente a la pandemia, Piedad Bonnett comienza a indagar en su propia relación con la enfermedad y la muerte y, al hilo de esta reflexión, los recuerdos de infancia, adolescencia y adultez se desatan y la escritura se sumerge en la memoria. Una escritura que revisa la vida y evoca piezas dispersas del pasado para componer con ellas no tanto un relato autobiográfico minucioso, sino un ejercicio de introspección y reconocimiento necesariamente inconcluso, que arroja luz sobre una serie de vivencias que enlazan entre sí y conectan, a su vez, con una experiencia de naturaleza colectiva.

La memoria trae el recuerdo de una niña casi púber que, criada bajo el imperativo del pudor, no posee las palabras para nombrar un cuerpo en plena transformación y las sensaciones y anhelos que irrumpen camino de la adoles-

cencia, o mucho menos, para verbalizar experiencias como la mezcla de terror y culpa que despierta el encuentro con un adulto desconocido con siniestras intenciones. El lenguaje no alcanza pero, por encima de lo no dicho, se impone, poco a poco, un deseo de rebelión que convierte a esta niña en una criatura «estridente» y peligrosa influencia para sus compañeras del colegio de monjas de donde termina siendo expulsada. Ingresada en un internado, conoce un mundo de obediencia, castigos y saberes verticales que, sin embargo, no acalla en ella ese ánimo de rebeldía que se entrecruza con la extrañeza, la desazón y el abandono: un hueco que se llena compulsivamente con comida y engendra una ansiedad desbocada. La adolescencia se abre entonces como una etapa de aprendizajes y descubrimientos, desde la educación sentimental que se trama entre novelas

románticas y amores más o menos platónicos, o las dolencias del cuerpo y de la mente —dos dimensiones de un mismo malestar aisladas por la medicina de la época—, hasta una epifanía que llega con *Crimen y castigo* y el hallazgo, durante unas vacaciones, de una vocación: ser escritora. Pero tienen que pasar años, una carrera universitaria, la maternidad, horas dando clases y más crisis de ansiedad para que la adolescente convertida en una adulta con sus miedos, inseguridades y frustraciones a cuestas, consiga que su vocación original, la escritura, cobre la forma de un primer libro de poesía, al que le siguen muchas obras más. Y en medio de las aspiraciones y los fracasos, del azar y la voluntad, están las amistades, el matrimonio, la búsqueda de libertad, la muerte, la pérdida y la experiencia femenina de una violencia

que se manifiesta en un gesto indeseado, la mirada turbia de un desconocido en la calle, el maltrato en la sala de partos, el cuerpo negado en el lenguaje, o el menosprecio de tantos hombres, tantas veces, de tantas maneras.

De la «niña estridente», que se rebela contra las monjas y la moral puritana de un hogar y una época, a la «mujer incierta», que mira hacia atrás, la vida entera, mientras acompaña a sus padres en la vejez y la proximidad de la muerte, Piedad Bonnett recorre las muchas mujeres que ha sido. Son las múltiples versiones de un yo que se sabe provisional, materia volátil como lo es también ese pasado íntimo que la escritura ordena y arranca del caos, convirtiendo las partículas sueltas de la memoria en un relato que trasciende lo autobiográfico y refleja en sí un mundo.

CLAVES DEL LIBRO

Galardonada con el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana en 2024, el reconocimiento más reciente a una trayectoria regada de premios, Piedad Bonnett es una escritora polifacética que ha transitado diversos géneros componiendo, libro a libro, una obra de enorme coherencia. De la poesía a la novela, pasando por el teatro o un sobrecogedor testimonio en torno al suicidio y la pérdida de un hijo, su literatura indaga en el dolor, la fragilidad, la memoria, la violencia y la frustración: motivos recurrentes de una escritura que lleva la insatisfacción en su raíz —como casi toda la literatura, afirma Bonnett— y deja entrever, más de una vez, su sustrato autobiográfico. Ese yo que, con sus sensaciones y vivencias, atraviesa la escritura es el núcleo alrededor del cual orbita *La mujer incierta*, una obra a medio camino entre la autobiografía y el ensayo, donde la primera persona, más

que un valor en sí mismo, es el punto de partida a partir del cual se trama una reflexión en torno a la identidad femenina y aquellos factores que, como la enfermedad, el cuerpo, la salud mental o la muerte, definen nuestra experiencia.

Pero ¿cómo contar una vida o, dicho de otra forma, una historia que es una amalgama de realidad y mitos y fantasías que se adoptan como verdades? Los recuerdos puros no existen y toda autobiografía, dice Roland Barthes, es ficcional. A lo que Piedad Bonnett añade: «todo texto autobiográfico, pues, encierra un fracaso». Fracaso que viene dado por esa parte de invención que tiene la memoria, y por la imposibilidad de aprehender en su totalidad un yo del cual solo se capturan versiones provisionales, más o menos precisas, que la escritura ilumina a medias. Criada en el pudor del cuerpo y la contención emocional, la autora es la niña y la adolescente que se rebe-

la contra el orden moral de sus padres y una época que niega a las mujeres las palabras para nombrar su anatomía y expresar tanto el placer como el dolor. Y es la joven académica que, en un ambiente universitario influido por las interpretaciones del marxismo, considera a la escritura del yo un acto de narcisismo banal. Y a medio camino una y otra, es la escritora que, llegada a la madurez, reivindica una narrativa personal pero, en la era de la sobreexposición del yo y de la escritura *selfie*, escoge no contar todo porque el pudor no es solo culpa y vergüenza, sino también una forma de misterio y de belleza.

LA NIÑA ESTRIDENTE

Entre recuerdos, lagunas de memoria y omisiones voluntarias, Piedad Bonnett traza un recorrido biográfico que no se pretende exhaustivo, pero sí un ejercicio de introspección y honestidad que ordena la experiencia y dota de sentido a una serie de episodios que, vistos en perspectiva, componen una trama en la que lo personal y lo colectivo se iluminan mutuamente. Hija de una generación de padres que combinan la ética calvinista del trabajo con una visión católica del bien, la autora evoca una infancia de clase media regida por la obediencia, la incuestionable autoridad del padre, las buenas maneras que exige la madre y una serie de mandatos cuya lógica resulta, muchas veces, indescifrable. En ese contexto, las primeras lecturas y las conversaciones con amigas son un lugar en el que rastrear las palabras que no vienen dadas de

casa ni de la escuela, y que tanto se necesitan para nombrar una realidad a menudo inquietante. La adolescente que no tiene modo de decir en el internado que su vagina arde y pica «como si tuviera un nido de hormigas» es, unos años antes, la niña que, con una mezcla de inocencia, temor y deseo de transgredir las prohibiciones adultas, sigue a un hombre que la invita, junto con su hermana, a subir a su casa. Son escenas de una infancia que transcurre en un mundo de niñas sumisas debatiéndose entre la culpa y el impulso rebelde que anida en ellas, y que la memoria asocia, por un lado, con una genealogía familiar de tías, hermanas e hijas y, por el otro, con historias más actuales, otras chicas, otras vidas y otros crímenes que hablan de una violencia masculina que se perpetúa.

De aquellos años en los que se articulan los primeros aprendizajes, llega también el recuerdo de una úlcera duodenal, manifestación somática y temprana de una vulnerabilidad que el silencio en torno a las emociones y los afectos no hace más que agravar. De las náuseas de la adolescencia al pánico que se desata en las habitaciones de hotel, pasando por la hipocondría y el estrés, la ansiedad atraviesa el cuerpo, toma diversas formas a lo largo de la vida, invoca el fantasma de la locura, cede paso a una depresión, y tiene su germen en la inseguridad y el miedo al abandono, a la muerte o al fracaso. Y es, a su vez, uno de los motivos centrales de una obra que no teme indagar en las heridas y, entre el pudor y la sinceridad, se escribe contra el tabú de la enfermedad mental, ofreciendo un testimonio donde el relato de la propia fragilidad trasciende

lo estrictamente íntimo y encuentra su reflejo en las voces de otros que, como Rosa Montero, Paul Auster, Alejandra Pizarnik o Jean Améry, también han sabido darle palabras al malestar.

LA MUJER ESCINDIDA

Con la maternidad, que llega muy pronto, la niña estridente muda en una mujer doble: cuida a su bebé a la par que estudia en la universidad; es esposa, hija y una adulta aniñada por unos y otros; escribe sobre Trostki, abraza la izquierda y envidia la rebeldía de los hippies, pero no se desprende del todo de la educación burguesa recibida en su casa. La joven escindida entre la maternidad, su rol doméstico y unas ansias de libertad y creación que vienen de lejos, es, en cierta forma, el espejo de una generación de mujeres que, en los años setenta, se ven a caballo entre dos mundos: aquel que han heredado de sus madres y otro cuyas reglas comienzan a construir con mucha dificultad. Piedad Bonnett examina con ironía, y muy lejos de la autocomplacencia, una etapa personal hecha de desajustes entre aspiraciones y realidad, en la que la ansiedad insiste, la culpa acecha y la escritura, aquella vocación que asoma en la adolescencia, se posterga una y otra vez.

Si la neurosis es uno de los hilos que recorre *La mujer incierta*, enlazando episodios biográficos que, en ocasiones, revelan su estrecha conexión a la luz de la memoria, el oficio de escribir es otro de los temas que atraviesa la trama autobiográfica. Afición adolescente, la poesía, sin

embargo, se pospone hasta que, a mediados de la década de los ochenta, se desata por fin «el chorro creativo» que una joven Piedad Bonnett había cerrado. La escritura se descubre entonces como vocación irrenunciable y un oficio dichoso que pone coto a la neurosis y, al mismo tiempo, nace allí, en una constante sensación de frustración y desasosiego. A la poesía le sigue, más tarde, la novela y la escritura como obsesión, pero concebida, también, como una burbuja llena de aire: en tiempos malos, dice Bonnett, puede ser un lugar donde salvarse o evadirse, o el mecanismo de consuelo de una madre que, contando la pérdida de su hijo, consigue traerlo a su lado durante los días, al menos, que dura el acto de escribir su historia.

LA MUJER INCIERTA

Son tres los movimientos mentales que realiza un escritor, explica Piedad Bonnett. Va hacia dentro, buscando el filón de la memoria; hacia fuera, hacia la página que se prepara para un lector; y hacia los lados, relacionando vivencias, lecturas y acontecimientos: partículas flotantes de la experiencia que se hilvanan y convierten en relato. Compuesta al ritmo de estos tres movimientos, *La mujer incierta* contiene las muchas capas de un yo femenino que se cuenta a sí mismo reconociéndose en sus diferentes versiones y sabiendo, asimismo, que no se es exactamente ninguna de ellas. Aquella que mira atrás y narra fragmentos de su vida es la versión más reciente de una mujer que, templada por la pérdida, el dolor y

la edad, se concibe, ante todo, incierta, tan inaprehensible como rectificable. Aquella que revisa el pasado es, a la par, la hija que acompaña a los padres longevos, de pronto tan vulnerables, durante jornadas que, más que una larga y tierna despedida, son espera, la antesala de un inevitable final. Esa espera transcurre en tiempo presente y forma, a través de una serie de capítulos breves, un relato paralelo que se intercala con el hilo de la memoria, proyectando la historia de una vida hacia la vejez, la muerte y un desenlace en el que cabe el arrepentimiento y los recuerdos más penosos, pero también una inmensa gratitud.

Trazando un arco que va de la infancia hacia la madurez y la consciencia, más nítida y firme, de la propia finitud, Piedad Bonnett se encamina hacia el final de su obra citando las palabras de Oliver Sacks en *Gratitud*, otro libro de naturaleza híbrida, que tiene tanto de memorias como de ensayo. Salpicada de referencias

literarias y maravillosos fragmentos de obras ajenas, *La mujer incierta* habla de otro ejercicio dichoso ligado estrechamente al oficio de escribir: la lectura. Vivian Gornick, Ursula K. Le Guin, Sigrid Nunez, Rosa Montero y Didier Eribon, entre muchos más, confluyen en las páginas de una obra donde la cita se practica no tanto como muestra de erudición, sino desde un lugar menos frecuente: la humildad de quien recoge y agradece las palabras de aquellos que supieron expresar antes, quizá mejor, un pensamiento o una emoción compartidos. Y en esa voluntad de entrelazar la experiencia personal con un coro de voces que la preceden, está uno de los gestos fundamentales de una obra autobiográfica lúcida, honesta, que Piedad Bonnett escribe desde la certeza de que hablar de sí misma es hablar en plural, o tal vez, que para hablar en plural se debe ir, con valentía, sensibilidad y una pizca de humor, hacia lo más íntimo.

FRAGMENTOS POR TEMAS

VERSIONES DEL YO

«Cuando hoy, tantos años después, le pregunto a mi hermana por qué cree que me enviaron a ese lugar, ella me dice que las monjas españolas que me expulsaron les dijeron a mis padres que yo necesitaba un cambio. La verdad es que me consideraban mala. Mi propia hermana, de apenas trece años, me consideraba mala, y así me lo hacía saber. Esa palabra, dicha o imaginada, me envolvía como un líquido viscoso que olía horrible, que me avergonzaba. Yo era una niña mala. “Un mal elemento”. “Una mala compañía”. ¿Cómo no iba a ser mala si siempre estaba rodeada de muchachos, adolescentes toscos con caras marcadas por el acné, con los que patinaba, con los que me escapaba a los parques, con los que coqueteaba sentada en los muros de los antejardines de las casas de ladrillo de mi barrio, de los que ellos huían espantados cuando llegaba mi padre, que nos tenía prohibido “tener amigos”?

Hay imágenes de nosotros mismos que, en retrospectiva, no soportamos. Aquellas en que nos vemos haciendo el ridículo o en condición de inferioridad. Cartas de amor que deberíamos haber roto. Aquiescencias. Ruegos. Aquel vestido inapropiado. Una situación vergonzosa. Duré años para dejar de odiar la idea de mí misma que aquellas monjas me transmitieron. Yo era una niña estridente. Pecaminosa. Ahora que lo pienso, lo que sucedía era que todos los que me rodeaban tenían miedo de verme caminar en un umbral del que yo era inocente» (p. 23).

«Mi temperamento ansioso se agudizó con la entrada a la adolescencia, antes de que me enviaran al internado. Por más esfuerzos que hago no logro reconstruir lo que sentía por ese entonces. Náuseas, creo que sí. Sensación de miedo. Deseos de no asumir ciertas cosas. Pero, paradójicamente, en vez de un replegamiento del mundo, lo que desarrollé fue una rebeldía desafiante

que me empujaba al mundo mismo. Era una rebeldía alegre, desprovista de agresividad, que me llevaba básicamente a transgredir las imposiciones que me impedían gozar de la libertad que deseaba. Me bajaba del bus escolar en paraderos distintos al mío para estar con mis amigas preferidas. Me escapaba a patinar con mis vecinos más allá de donde me estaba permitido. Improvisaba fiestas en mi casa cuando salían mis papás. Y sólo me concentraba en las materias que me gustaban, que eran Lenguaje, Geografía e Historia. Todas las demás me importaban un bledo, y empecé a perderlas una tras otra. En fin: en un lapso muy corto me convertí en una adolescente inmanejable —una niña “alzada”, decía mi madre— que comenzaba a dudar de todo lo que había creído hasta entonces, y en la que hervía ya un rechazo profundo por el autoritarismo» (p. 41).

«Mi enamoramiento fue desde el comienzo infantil en su dependencia. Y estrictamente adolescente en su romanticismo, que llenó mis días de fervor, de necesidad, de deseo. Creo, contrariamente a lo que se predica hoy, que es legítimo y hermoso empezar una relación así, amando no sólo a la persona sino la pasión que nos consume, inconscientes de nuestra ceguera. Ya vendrá, más tarde o más temprano, la pérdida del hechizo, y aparecerá el ser real. Y ahí sabrás si te has equivocado. O no.

Hago un esfuerzo por verme en la memoria, pero la imagen sólo me la devuelven las fotografías. En ellas veo mis plenitudes, no mis turbulencias ni mi fondo roto. Un cuerpo lozano, unos

ojos vivaces, una piel bronceada, una sonrisa feliz. Por ninguna parte el desasosiego que adentro daba sus feroces mordiscos» (p. 85).

«Ser “señora” no se me daba bien en mis primeros años de casada. Por eso Aurora, una de las primeras empleadas que tuve, renunció con el argumento de que yo “no sabía disponer”. Le di toda la razón, y hasta la compadecí. También tenía razón mi madre cuando me reprochaba que le había abierto un hueco muy grande al tetero y la niña se ahogaba o que por un descuido mío tenía pañalitis. Los padres no parecían tener mucho que ver con estos estropicios. En ese entonces yo no era ni una buena ama de casa, ni la madre que mi madre pretendía que yo fuera, ni la escritora que había soñado —aunque estaba empeñada en ser todas esas cosas— y ni siquiera una mujer que ganara dinero, sino una preparadora compulsiva de clases que escondía sus miedos detrás de cientos de fichas de datos» (p. 74).

«Una amiga sostiene que mientras uno no sea huérfano, goza de juventud. Es una *boutade*, por supuesto, pero me gusta creer que es así. Tal vez el hecho de que mis padres tengan unas edades tan avanzadas es lo que hace que yo no me sienta vieja. Eso no quiere decir que no esté perdiendo oído y memoria, y ganando kilos y arrugas, y que no tenga lo que solemos tener las personas ya mayores: una consciencia absoluta del tiempo. De una manera un tanto vaga el cuerpo nos dice cuándo estamos ya caminando en territorio minado. En-

tonces los días adquieren otro cariz. Y también otro ritmo. Tal vez a eso se deba que ahora quiera leerlo todo. No leo uno, sino dos, tres y hasta cuatro libros a la vez. Algunos los dejo por la mitad, sin remordimientos. Subrayo, porque desde hace mucho leo para alimentar mi escritura, y, como los adolescentes, copio las frases más reveladoras en mis libretas. No leo para escapar, como suele decirse, ni mucho menos para ilustrarme, sino para encontrarme (o desencontrarme). Leo para tener más años de los que tengo» (p. 242).

LAS VIOLENCIAS

«Que te violen, que te roben, que te dopen, que te acuchillen. Esos son los terrores permanentes de muchas de las mujeres de la ciudad donde vivo. A ninguna se le ocurriría decir, en esos momentos, lo que decían las protagonistas de Corín Tellado, entre coquetas y asustadas, cuando sus parejas las apretaban de más entre sus brazos: “Me haces daño”» (p. 29).

«Respirar. Respirar. Respirar.

En aquel lugar de muchos cubículos un montón de mujeres jadeábamos al tiempo, lanzábamos gritos, sin avergonzarnos de que nuestros llantos fueran estentóreos, ruidosos. Otra cosa habría sido —como después fue— si esa sección de la clínica hubiera sido para mujeres que podían pagar. La violencia obstétrica a menudo no es sino una forma de discriminación. Pero también de indolencia, de insensibilidad» (p. 45).

«Un editor, al que el tiempo le tenía reservada una vida trágica, me dijo después de que le hice algún trabajo, con un tono falsamente paternal: “De pronto, en un futuro, me animo a publicarle algo”. Un importante escritor argentino, con el que hacíamos parte de un jurado de cuento, no tuvo escrúpulo en revolcarme cariñosamente el pelo cuando dije cuáles eran mis finalistas. Las mujeres terminábamos por acostumbrarnos a esas salidas en falso, convencidas de que no valía la pena pelear con tipos que nos despreciaban. Pero esas afrentas que intentaban disminuirnos quedaban ahí, como grapas que tallan en la memoria, hasta que la vida, que no siempre es injusta, nos permitía tomarnos alguna pequeña revancha» (pp. 118-119).

LA SALUD MENTAL

«La enfermedad mental me parecía novelesca, romántica, misteriosa. Aquella tía mía, con tremendo desparpajo, nos contaba las historias de algunos pacientes, sin reparar en que muchas eran tenebrosas. O al menos impactantes, como la del señor Valdiri, un hombre de una familia rica que había dilapidado su fortuna porque era un ludópata; o la de los soldados, que estaban alojados en la parte más remota —y menos cómoda— y que sufrían de paranoia y se despertaban gritando en medio de batallas imaginarias. Pero también supe de los que se ahorcaban, generalmente de madrugada, porque esa es la hora de las ansiedades más grandes, cuando se sale

de los sueños dopados y se toma conciencia de que la vida es eso, una zozobra diaria, una cárcel donde uno mismo es el carcelero, un pasadizo oscuro por donde se camina tambaleando sin saber si al otro lado nos espera el sol reconfortante de la mañana o el abismo.

Yo sufrí de ansiedad desde que era una niña, pero fue en la adolescencia cuando comencé a relacionarla con una posible enfermedad mental. Ahora, ya vieja, sé que, a menos que resulte incapacitante, no lo es» (p. 40).

«Nadie se muere de un ataque de pánico. Aunque has oído que tal vez sí. Tómame medio Xanax, de esos que cargas siempre como el cianuro que los valientes llevan oculto para cuando los atrape el enemigo. Ya está. Cierras los ojos, te relajas, duermes plácidamente en esta ciudad ajena que mañana te abrirá sus maravillas. Y en efecto, te duermes, hasta que el animal agazapado dentro de ti se despierta, y bufa, y se estremece; son las dos, esa hora en que la oscuridad es total y nos parece que el alba es una quimera, una invención de la mente. Prende la lámpara, ese simulacro del día que serenará tu corazón y tu cabeza. Pero ¿y el aire? No hay aire. La habitación se ha convertido de repente en una tumba. ¿Y qué puedes hacer? ¿Ir a la recepción y decir que tienes miedo? ¿Ponerte a temblar allá como un perro moribundo? ¿Hacer el oso diciendo que te llamen una ambulancia? Essólounataquedepánico, essólounataquedepánico. Trata de dormir. El Xanax ya va a actuar. Pero no actúa. Estás helada. Tiemblas como un recién nacido a la intemperie. Báñate,

es lo que hay que hacer. Eso. Ahora te sientes mejor. Pero no. Otra vez. Respira. La mano sobre el estómago. No, no te incorpores. Pero las náuseas. Así, tres horas. Largas como las del que viaja a sepultar a su muerto, o las del que, en un silencio atroz, siente cómo se multiplica la turbulencia que zarandea el avión» (p. 50).

«No tuve ningún ataque de pánico cuando me informaron que mi hijo Daniel se había suicidado tirándose de la terraza de su edificio. Una fuerza gigante me poseyó en ese momento, tan grande como la sensación de desolación que acompañó todas las horas y los días siguientes. Una forma de la tristeza que no había conocido hasta entonces. Tres meses después, sin embargo, vino el derrumbamiento, pero no en forma física, como le pasó a Auster, que cayó sobre el piso de la cocina, fuera de sí; ni tampoco como huida o desconexión. Fue más bien un caer en el vacío de la verdad irremediable, y esa caída tuvo algo de similitud, por su poder desestabilizador, con el ataque de pánico. Sucedió en Miami, el día en que mi hija Camila tuvo a Carmen, su primogénita. De vuelta del hospital a la casa que habíamos alquilado, una revelación cayó sobre mí con la fuerza aniquiladora de un rayo: nunca más vería a Daniel. Nunca más podría oír su voz ni tocar sus manos o su cabeza. Nunca. Nunca. Mi reacción fue el desquiciamiento. No hablo de gritar ni de querer matarme, sino de sentir que no podía resistir esa verdad, que superaba mi razón, que me trasladaba a un lugar que hasta entonces

no conocía: el de la nada infinita. Sin embargo, lo humano, lo que pone límites a un cuerpo vivo, a un cerebro vivo, me contenía. Yo estaba viva. Ese era el horror» (p. 52).

«Nunca vi pelear a mis padres, aunque a veces sentía el aire tirante de alguna dificultad entre ellos. Pero durante toda mi niñez y mi adolescencia arrastré como un peso la condición neurótica de mi padre, un hombre nervioso, impaciente, a menudo intolerante, con un sentido de la responsabilidad que lo agobiaba y nos agobiaba, porque nada podía fallar. Yo temía sus estallidos, pero más aún sus angustias y sus miedos. Aquellas aprensiones tuyas nos marcaron a mis hermanos y a mí, a cada uno en forma distinta. Las mías han sido como pieles que me he ido arrancando con dificultad, a costa de exponer a la intemperie mi carne viva» (p. 103).

«Fue como un rayo. O por lo menos así lo recuerdo. Me bajé del bus o del carro, no lo sé, y subí las escaleras de la universidad sintiendo un malestar que me era familiar y, por lo mismo, me aterrorizaba. Una inquietud en el pecho, náuseas, el estómago revuelto. Un ataque de ansiedad, como los que me daban cuando acudía a aquel primer trabajo, ese del colegio de niñas en que me explotaban de manera infame poniéndome a dar clase en cuatro niveles. Habían pasado casi diez años y no pensé que algún día tuviera que volver a sufrir ese tormento. Entré al baño, y como la niña de doce, la adolescente de dieciséis, la joven de

veintidós, vomité. “De esa manera se abate sobre ti la crisis mental —escribe Rosa Montero en *El peligro de estar cuerda*—. Parece venir de fuera y te secuestra”» (p. 174).

EL OFICIO DE ESCRIBIR

«¿Quién dijo que se estudia para ser escritor? Te formaron para ser maestra, editora, crítica, pero ser escritora es otra cosa: es enfrentarte a ti misma, a tus miedos, a tus carencias. Peor aún, ¿quién te ha dicho que tienes talento? O, como te dijo una amiga en un raptó de sinceridad, ¿tú sí será que tienes algo que decir? Y un pequeño detalle: ¿no vas a aportar nada a ese nuevo hogar donde uno solo se está partiendo el lomo para traer algún dinero?» (p. 139)

«¿Por qué no salía bien la novela que había empezado a escribir? Con todos mis prejuicios me daba una respuesta falsa. Porque mi vida es muelle, pensaba, convencida de lo que tanto me habían dicho mis compañeros de la izquierda. Porque le falta sordidez, dificultad. Porque eres una burguesa acomodada. Quería pasar el límite aséptico de mi calle, de mi barrio, y adentrarme en la otra ciudad, la sufriente, la chirriante, la que encerraba las historias tortuosas que me estaban esperando. Dejar de ser la que era. Tenía la sensación de estar entrando, sin remedio, en el camino sin reversa de la traición a uno mismo. No tenía tan claro como hoy que la insatisfacción está en la raíz de casi toda la literatura» (p. 144).

«Ahora debo confesar lo que hasta ahora no había dicho: soy una adicta. Yo, que tanto temo perder el control —causa última de los ataques de pánico y del terror que ellos mismos me provocan, pues son la forma más pura de la pérdida de control—, incurrí, ya tarde en mi vida, en un vicio que empezó a devorar mis horas y a arrasar con todo lo otro que quisiera hacer: caminar, ir a cine, cocinar.

Todo comenzó cuando a los cuarenta y pico tuve la loca idea de volver a intentar escribir la novela en la que había fracasado a los veintitantos. Como, para evadirme o para salvarme, lo que hago en los tiempos malos es sumergirme en la burbuja llena de aire de la escritura, a finales de los noventa, para paliar unos días confusos y dolorosos, me atreví a medírmele a ese género que creía que ya estaba fuera de mi alcance. No sabía todavía que cuando cedemos a la fascinación que encierra la promesa de una novela, lo que nos espera es una condena a trabajos forzados. Que serán dos, tres años, arrastrados por la avalancha de la obsesión, sin que nada ocupe un lugar igual en nuestras cabezas» (p. 203).

«Hoy los escritores, y sobre todo las escritoras, hemos recuperado el derecho a hablar desde el yo, aunque todavía se nos censura. No somos los primeros en hacerlo, ni mucho menos. A su manera, atenuada, ya lo hicieron hace mucho Montaigne, san Agustín, Rousseau, Hume y otros. Pero en la época de las redes y de la *selfie*, que intentan hacernos creer que la superficie es el fondo, los escritores hemos sentido la necesi-

dad de apelar a otro yo, uno más hondo y conflictivo, para acercarnos a través de él a realidades que son de todos» (p. 245).

«Por contraposición valoro la desnudez temblorosa, encendida, de la entrega —en el amor, en el sexo, en la escritura—, en la que siempre hay un resquicio para el pudor, para el silencio, para lo que no se muestra. “¿No es el acto amoroso la eterna repetición de lo mismo?”, se pregunta el narrador de Kundera. Y él mismo se contesta: “No. Siempre queda un pequeño porcentaje inimaginable”» (pp. 246-247).

LA ESPERA

«Es muy probable que mi madre muera este año, mientras escribo este libro. Su salud es bastante buena, nada le duele, come y duerme bastante bien, pero tiene cien años y desde hace unos pocos meses ha empezado a irse de este mundo de esa forma liviana y triste que consiste en instalarse en otro tiempo, el de su infancia y su juventud. O tal vez en el tiempo de los sueños. Conserva, sin embargo, un frágil lazo con el presente. Sabe quién soy, o eso creo, se alegra al verme llegar y a la hora de despedirnos pregunta que cuándo voy a volver» (p. 54).

«Hoy encontré a mi padre tendido en la cama, en la postura en que lo enterraremos. Boca arriba, las manos entrelazadas sobre el pecho, los ojos cerrados. A las once de la mañana dormita, porque hoy no está viendo nada, me dice la enferme-

ra, y se cansó de tratar de leer la prensa. Así que sigo a ver a mi madre, que en la sala hojea una revista. Me reconoce, y me saluda con cariño y en ese tono de sorpresa con el que me saludó siempre, durante años, para mostrar que se alegraba de verme. Pero hoy su mente está especialmente deshilvanada» (p. 77).

«Mi madre se ve feliz, con una cara expresiva y sonriente. Entonces yo le leo un breve juego de palabras que acabo de recibir en mi teléfono, Juan de la Cosa dice que una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa... y así, hasta el final. Luego lo repetimos, frase por frase, mi madre y yo, divertidas. La reto a que lo diga. Y ella lo va recitando en voz muy baja, como si su memoria estuviera intacta, con los ojos fijos en un punto imaginario para no perder la concentración. No, no celebro su logro ni con palmas ni con bravos. No quiero infantilizarla, aunque sé que en ella todos los días crece una bebé balbuceante, la que alguna vez fue. Sólo nos reímos un poco, las tres, y la vida se aliviana por un momento, sopla en nuestros rostros su aliento tibio» (p. 77).

«Con mi padre nunca tuve conversaciones íntimas. Ni siquiera una. Por eso, me sorprende cuando empieza a confesarme los pensamientos que lo asedian ahora que ya no puede leer, y que pasa mucho tiempo echado boca arriba, en reposo porque todo lo cansa. Me empieza a hablar de sus hermanos, a evaluar sus vidas, a compararlas con la suya. Dice que se siente satisfecho de lo que ha vivido, de haber tenido recom-

pensa por sus esfuerzos. Yo agradezco esas pequeñas confianzas, y me admira descubrir que una serenidad triste ha venido a reemplazar la visión pesimista que siempre tuvo, su naturaleza impaciente, su temperamento nervioso. Como si la constatación diaria de que sigue vivo bastara para haberlo dulcificado» (p. 232).

LA MUJER INCIERTA

«¿Será verdad que nos convertimos en lo que hacen con nosotros? ¿O le creemos a Sartre cuando escribe que lo importante es lo que hacemos con lo que hicieron de nosotros?» (p. 99).

«También yo he vivido cosas horribles. O, tal vez hasta ahora, una sola cosa verdaderamente terrible, pero que se hizo parte de mí, como una inflamación crónica que cada tanto produce dolor. Pero he vivido también, como Sacks —y tal vez como casi todo el mundo—, cosas maravillosas. El amor que he dado y he recibido. La amistad. La dicha de leer y escribir» (p. 237).

«En el otro espejo, en el real, nunca nos vemos como una totalidad. Nuestra imagen es siempre fragmentaria. La vemos aparecer a través de las varias capas del tiempo: la de la juventud, que se asoma en nuestro deseo; la remota, la de la adolescencia, que llega desdibujada; la de ayer, en la que lucíamos radiantes antes de esa fiesta; la de hoy, en la que emergemos repentinamente envejecidos. Somos todas ellas, y no somos nin-

guna. Somos inaprehensibles. Somos rectificables, como cuando queremos que la palabra dé cuenta de nosotros. No hay relato que diga quiénes somos» (pp. 243-244).

«En esas cartas me veo de una manera que jamás me habría revelado la memoria involuntaria, que es caos puro, un universo de partículas flotantes que por sí solas no significan nada, y que sólo empiezan a hablarnos cuando las cazamos y las juntamos convirtiéndolas en relato. Porque narrar el pasado significa crear un orden, construir un sentido, tratar de fijarlo a sabiendas de que él será siempre como uno de esos sueños

que tratamos inútilmente de contarle a otro: algo volátil, a punto de escaparse. Esas cartas me revelaron que hay una en mí que no es ni la frágil que aquí ha aflorado, ni la fuerte que la disfraza, sino una que nunca veré, porque los agujeros negros de la memoria se chupan muchos fragmentos de vida que también nos constituyen pero que no logramos integrar a nuestro todo, horadado por el tiempo como un queso gruyere. Pero también es cierto que no hay literatura sin silencios voluntarios, pues, como nos recuerda la escritora y traductora Nuria Barrios: “Cada pueblo calla unas cosas para poder decir otras”» (p. 248).

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *La mujer incierta* es una obra de trasfondo autobiográfico, a caballo entre las memorias y el ensayo. ¿Qué relación establece la autora entre memoria y escritura? ¿Cuál es la función que desempeña la escritura a la hora de revisar el pasado personal?
2. A diferencia de las memorias que cuentan una vida entera, *La mujer incierta* ilumina solo algunos episodios y momentos de la biografía de Bonnett, dejando muchos aspectos en la sombra. ¿Por qué la autora no hace un ejercicio de memoria exhaustiva? ¿Cómo es la aproximación de Bonnett a la narrativa autobiográfica y lo que podríamos denominar la «literatura del yo»? ¿Y cuál es el lugar que ocupa el yo en su obra?
3. En la obra, se evoca el pasado personal y, al mismo tiempo, se abre una reflexión acerca de cómo narrar una vida, o más bien, el relato de una vida. Al hilo de esta reflexión, la autora dice que todo texto autobiográfico encierra un fracaso. ¿Cómo interpretáis esta frase? ¿Cuáles son los retos a la hora de contar una vida?
4. Revisando el pasado, quien narra se encuentra con las muchas mujeres que ha sido, desde la niña rebelde hasta la mujer templada que envejece. El yo, lejos de contarse como una totalidad, está hecho de muchas versiones que la memoria reescribe. ¿Qué reflexiones acerca de la identidad plantea la obra? ¿Pensáis que esta idea de las muchas versiones del yo también se podría pensar desde la perspectiva del yo masculino?
5. De la niña estridente a la mujer incierta, ¿cuál es la evolución que tiene esta mujer? ¿Diríais que la historia de Piedad Bonnett es también la de una generación de mujeres?

6. Según su relato, ¿qué rol tiene el azar en la vida? ¿Y la voluntad? O, en otras palabras, ¿cuánto hay de destino y cuánto de elección? ¿Se puede trazar un límite preciso entre ambos?
7. En *La mujer incierta*, ¿qué sucede con factores como la época, el contexto social, la clase o la moral colectiva? ¿Hasta qué punto marcan la biografía? ¿Cómo se articula la relación entre lo personal y lo colectivo?
8. Recordando la infancia, Piedad Bonnett habla del pudor como uno de los valores que imperan en su hogar y en un mundo donde las niñas crecen sin las palabras para nombrar aquello que tienen o sienten. ¿Qué significados adquiere el pudor a lo largo de la vida? ¿Tiene una connotación negativa? ¿Con qué emociones se relaciona? ¿Y cómo actúa sobre la escritura?
9. Entre las historias de familia que la autora recupera, está la de la tía Zeta, una mujer soltera que se marcha a vivir a Nueva York llevando consigo muchos sueños y aspiraciones. ¿Por qué la autora incluye esta historia? ¿Qué representa este personaje? ¿Qué nos dice su historia respecto a la brecha entre la realidad y los relatos de nosotros mismos que construimos?
10. La tía Zeta sueña con un país de las maravillas y las oportunidades. Se encuentra, en cambio, con una vida dura, muchísimas horas de trabajo y dinero suficiente para comprarse vestidos costosos y bonitos, pero ni el tiempo ni el tipo de cotidianeidad para poder lucirlos. ¿Qué sucede con las aspiraciones y expectativas en el caso de Piedad Bonnett cuando deja la juventud atrás, se casa y tiene a sus hijos? Del mundo en el que ella se hace adulta e intenta conciliar sus diversas facetas, al presente, ¿ha cambiado algo para las mujeres?
11. La salud mental es uno de los hilos que recorre una obra donde Piedad Bonnett habla abiertamente de la ansiedad y su somatización, de ataques de pánico, crisis de estrés y una depresión que dura varios meses. ¿Cómo se aborda este tema? ¿Cómo se representa la neurosis y la enfermedad men-

tal? ¿Está asociada solo a lo íntimo o tiene también una dimensión colectiva? ¿Consideráis que su testimonio contribuye a romper con el tabú de la enfermedad mental?

12. A través de las figuras de la madre y el padre ancianos, pero también, del propio envejecimiento, *La mujer incierta* indaga en la vejez y la muerte. ¿Cómo se retrata la vejez? ¿Es pérdida, desgaste, una cierta sabiduría, templanza o una mezcla de todo? Y la muerte, ¿de qué formas se introduce en la obra? ¿Cómo impacta en la adolescente que pierde a dos vecinas de su misma edad, y cómo es vista por la mujer que ha perdido a un hijo y a varios amigos queridos, y se prepara para decir adiós a sus padres?
13. En las memorias de infancia y juventud, los padres son figuras que ostentan autoridad, se muestran protectores pero no manifiestan abiertamente su afecto, e imponen un rígido código moral frente al cual la hija se rebela. Estos padres, ¿se parecen a los que se narran en tiempo presente en la serie de capítulos titulados «La espera»? ¿La vejez los transforma o es la mirada de la hija la que cambia?
14. La escritura, otros de los temas fundamentales de la obra, asoma como afición durante la adolescencia pero recién se vuelve oficio en la adultez y tras muchos años de silencio creativo. ¿De dónde nacen la vocación literaria y el impulso creativo? ¿Cómo se piensa y define la escritura a lo largo de la obra? ¿Tiene una función?
15. Escribir puede ser una obsesión o una adicción, pero ante todo, es un oficio dichoso para una mujer que se define como una letraherida y, más de una vez, hilvana sus experiencias con citas de otros autores que la han ayudado a entenderla. ¿Por qué en una obra de carácter autobiográfico se incorporan palabras ajenas? ¿Qué nos dice este gesto respecto al lugar que la literatura ocupa en la vida de la autora? ¿Os identificáis con la Piedad Bonnett lectora?

LA AUTORA



PIEDAD BONNETT (Amalfi, Colombia, 1951) es licenciada en Filosofía y Literatura por la Universidad de los Andes. Tiene una maestría en Teoría del Arte y la Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia. Ha publicado nueve libros de poemas, varias antologías y el volumen *Poesía reunida* (Lumen, 2016). Además, es autora de seis obras de teatro; de las novelas *Después de todo* (2001), *Para otros es el cielo* (2004), *Siempre fue invierno* (2007), *El prestigio de la belleza* (2010), *Donde nadie me espere* (2018) y *Qué hacer con estos pedazos* (2021); del libro autobiográfico *La mujer incierta* (2024), y de *Lo que no*

tiene nombre (2013), un relato íntimo y sobrecogedor en torno a la muerte de su hijo, incluido en 2016 por *Babelia* entre los 100 mejores libros de los últimos 25 años. Este título y todas sus novelas han sido publicados por Alfaguara. Ha ganado el Premio Nacional de Poesía otorgado por el Instituto Colombiano de Cultura, Colcultura (1994); el Premio Casa de América de Poesía Americana (2011); el Premio Víctor Sandoval (2012, México); el José Lezama Lima de Casa de las Américas (2014), el Premio Generación del 27 (2016) y el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (2024).

LA CRÍTICA HA DICHO

«Una voz actual de referencia [...]. Su poesía es luminosa, aun cuando trata temas arduos como el desamor, la guerra, la pérdida o el duelo».

Acta del jurado del XXXIII Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana

«En la escritura de Piedad Bonnett se concentran las virtudes que más admiro en la literatura: profundidad y concisión [...]».

Margarita García Robayo

«Bonnett transita en su literatura los matices del dolor, de lo estremecedor, para tratar de digerir la vida. Con la honestidad como brújula, habla de sus propias heridas y las de su país.»

Anatxu Zabalbeascoa, *El País Semanal*

«[Bonnett] habla como si estuviera viendo lo que pasa en la vida que cuenta, fijándose no solo como una narradora, sino como alguien que ha visto crecer, en sus personajes de ficción, pedazos de su propia vida.»

Juan Cruz, *El Periódico*

«Culta y emotiva, urbana y elegíaca, clásica y actual: así es la poesía de Piedad Bonnett. Buena siempre.»

Jaime Siles, *ABC*

«Una de las voces más fuertes de la poesía iberoamericana».

Luis García Montero

«La narrativa de Piedad Bonnett —su poesía— le da todo lo que la sociedad, su familia, el mundo no han podido darle. Sus palabras pueblan el despojo».

Giuseppe Caputo

«Piedad Bonnett es sin duda hoy una de las poetas de Colombia (país de fértil lírica) de mayor interés».

Luis Antonio de Villena, *El Norte de Castilla*

«Una de las voces más potentes y originales de la actual poesía en español».

Francisco Javier Irazoki, *El Cultural*

«La poesía de Bonnett tiene una resonancia, una calidad y una categoría femenina y humana hermosísima».

María Victoria Atencia

«Piedad Bonnett [...] encauza sus sentimientos en un lenguaje neutro, dolorosamente contenido, casi lacónico y que funciona con insinuaciones y elipsis, a la manera de un iceberg que esconde bajo el agua una masa terrible».

Carlos López Degregori

SOBRE *LO QUE NO TIENE NOMBRE*

«Un libro abrasador, valiente hasta la violencia, extraordinario. Piedad Bonnett escribe desde el abismo e ilumina las sombras con un texto penetrante e imprescindible».

Rosa Montero

«Yo he aprendido con este libro despiadado de Piedad, que no hay consuelo. Y que sin embargo vale la pena escribir que no hay consolación. ¿Por qué vale la pena? Creo que vale la pena de decirse, de escribirse, porque es verdad».

Héctor Abad Faciolince

«La vida, la muerte y la literatura se mezclan de una manera dramática en este extraordinario testimonio en el que Piedad Bonnett vuelca su verdad más íntima y su destreza creativa».

Mario Vargas Llosa

«¿Hasta dónde puede llegar la literatura? En este libro dedicado a la vida y la muerte de su hijo Daniel, Piedad Bonnett alcanza con las palabras los lugares más extremos de la existencia. La naturalidad y la extrañeza conviven en sus páginas igual que en su mirada

conviven la sequedad de la inteligencia y el latido más intenso de la emoción. Buscar respuestas es un modo de hacerse preguntas. También es una forma de seguir cuidando al hijo más allá de la muerte. La gran literatura convierte la historia personal en una experiencia humana colectiva. Por eso este libro habla de la fragilidad de cualquier vida y de la necesidad de seguir viviendo».

Luis García Montero

«El dolor de la madre es aquí, por desgracia y también por milagro, tan infinito como el oficio de la escritora. Su doliente serenidad para nombrar lo innombrable, para narrar la peor de las pérdidas, provoca una admiración que es, a partes iguales, de índole personal y estética. “El pensamiento no se acalla”, leemos. Tampoco la literatura, capaz de llegar allí donde la vida nos silencia. Lúcida ante cada palabra que pronuncia en estas páginas de terrible belleza, ante la delicadeza de su herida, Piedad Bonnett nos incorpora conmovedoramente a su familia».

Andrés Neuman

